



## Stasis. La guerra civil como paradigma político. *Homo sacer*, II, 2 (2015)

Autor: Giorgio Agamben.  
Argentina: Adriana Hidalgo Editora. 119 p.  
ISBN: 978-978-3793-99-8

PABLO PEÑALOZA ARAGONÉS  
Investigador Centro de Estudios Estratégicos, Academia de Guerra  
Email: ppenalozaa@acague.cl

Tres son las principales razones que justifican volver a revisar este texto, publicado originalmente en italiano durante el 2015 por Bollati Boringhieri Editore S.R.L: la primera razón, corresponde a la expectativa que surge ante la publicación, durante el 2019 por la misma casa editorial turinesa, de una versión ampliada y aun no traducida al español; la segunda, se refiere a la posibilidad de ponderar esta obra desde una visión de conjunto gracias a la publicación de *El uso de los cuerpos*, *Homo sacer*, IV, 2 en 2017, correspondiente al último volumen del proyecto del filósofo italiano, *Homo sacer*, iniciado en 1995 con *El poder soberano y la nuda vida* y finalizado con la publicación ínte-

gra del proyecto recién a finales de noviembre de 2018 por la editorial Quodlibet; la tercera razón, se basa en las posibilidades de lectura que este libro ofrece en torno a la polémica inaugurada por Agamben con el texto *La invención de una epidemia*, publicado en febrero del 2020 y disponible en *quodlibet.it*, en el que critica duramente las disposiciones sanitarias que improvisaban los gobiernos frente al rápido avance de la pandemia durante el último invierno europeo, tildando de *frenéticas, irracionales y completamente injustificadas* las medidas de emergencia, y de *supuesta epidemia* a una enfermedad que por estos días ha cobrado casi un millón de vidas.

Dos son las tesis principales, las que se explicitan a modo de “advertencia” al comienzo del libro; la primera procura identificar, en la guerra civil, el umbral de politización fundamental de Occidente, la segunda, identifica en la *adémia* –la ausencia de un pueblo– el elemento constitutivo del Estado moderno. Es necesario sumar una tercera que no se “advierte” pero que puede ser de particular interés para cierta comunidad de lectores: la categoría de enemigo [*polemios*] que convencionalmente se relaciona con las nociones de batalla o guerra y de la que deviene la polemología tradicional, es inexacta o parcial.

152

Los materiales que componen este libro son de naturaleza diversa, los dos primeros textos –*Stasis*, el primero y *Leviatán y Behemoth*, el segundo– corresponden a dos seminarios dictados por Giorgio Agamben en la Universidad de Princeton en octubre de 2001, mientras que el tercero, *Nota sobre la guerra, el juego y el enemigo*, corresponde a un ensayo que dialoga con los textos que lo preceden, aunque no se explicita la relación ni tampoco se data su escritura. Esto último, para este caso al menos, es fundamental, porque la cercanía temporal y geográfica con los atentados del 11S, de alguna u otra forma, han obligado a leer los textos de Princeton bajo un prisma que tiende a hacer sinonimia entre

la “guerra civil mundial” y el terrorismo de alcance planetario.

El primer texto refiere al concepto y al estatuto de la *stasis* en la Grecia clásica y en la ausencia total de una “stasiología” en la actualidad. Para aquello, Agamben referencia dos antecedentes principales: el diagnóstico que Roman Schnur había propuesto ya en 1983, en el que observa que la desatención de la guerra civil iba de la mano con el avance de la guerra civil mundial, y la diferencia que indica Hannah Arendt, en su libro de 1963 *Sobre la Revolución*, entre el fenómeno de la revolución moderna y la *stasis*, entendida como la discordia civil en la *polis* griega, pues esta última si bien implica indefectiblemente un cambio político, nunca trajo aparejado algo completamente nuevo.

Es particular la cita con que cierra la referencia a Arendt, “la antigüedad clásica estaba muy familiarizada con el cambio político y la violencia que lo acompañaba”, pues justamente es en ese lugar de la *familiarización* en el que Agamben sitúa su análisis. El desarrollo del estatuto de la *stasis* es planteado como un examen a lo propuesto por Nicole Loraux en su ensayo de 1986 llamado “la guerre dans la famille” en el que inscribe el problema de la guerra civil en un *locus* específico, esto es, en la relación entre el *oikos* –la familia o la casa– y la *polis*,

la ciudad (Agamben, 16), implica que la lectura tradicional de la superación de la familia en la ciudad, bajo el paradigma historiográfico convencional, es reordenada en una relación más ambigua y compleja de lo privado y lo público, así la *stasis* se concibe como una zona de indiferencia entre el espacio impolítico de la familia y el espacio político de la ciudad puestos siempre como dos polos en tensión, se configura, también, como un umbral que hace indistinguibles al hermano [*adelphós*] y al enemigo [*polémios*], el adentro y el afuera, la casa y la ciudad. Visto así, la guerra civil corresponde a un campo incesantemente recorrido por las fuerzas en tensión entre las polaridades determinadas por la familia y la ciudad, opuestas, desunidas e íntimamente ligadas (p. 31), cuyo conflicto no puede resolverse. Agamben lee el curso de la historia política de Occidente bajo ese conflicto, en una alternancia constante y simétricamente opuesta entre la despolitización regida por relaciones de sangre y por operaciones meramente económicas que tienden a la inmovilización, y la mayor tensión hacia la *polis* que procurará que todo lo impolítico sea movilizado y politizado. Alberto Moreiras, quien ha leído críticamente este seminario, indica que, así como lo presenta Agamben, este campo de fuerzas en tensión puede interpretarse también

como un equilibrio entre estas, por lo que la *stasis* correspondería más bien a una función reguladora del paradigma político que al paradigma político mismo.

El segundo texto se refiere a Hobbes y a la paradoja que surge en la noción de pueblo en su teoría del *Commonwealth*, “el Dios mortal”. La categoría de pueblo ha sido considerada como elemento constitutivo del Estado moderno y como garantía de legitimidad del uso de la fuerza, sin embargo, Agamben observa que a la inversa es la *adémia*, la ausencia de un pueblo, el que constituye el poder soberano del Estado, pues la mancomunidad se constituye en la medida que la comunidad desaparece, es en esa paradoja en que se instala el desarrollo del seminario. Recoge de Hobbes, en el *De Cive*, la paradoja entre *populus* y *multitudo*, el pueblo es soberano a condición de dividirse de sí mismo, porque en el instante mismo en que el pueblo elige al soberano se disgrega en una multitud confusa. De esta manera, el soberano es verdaderamente el pueblo, porque está constituido —si bien mediante un artificio óptico— por los cuerpos de los súbditos (p. 52).

Agamben indica que si la multitud disuelta —y no el pueblo— es la única presencia humana en la ciudad y si la multitud es el sujeto de la guerra civil, esto significa que la

guerra civil siempre sigue siendo posible en el Estado. De esto, además, es consiente Hobbes quien establece que si en la situación de una guerra, externa o intestina, los enemigos obtienen una victoria decisiva, por cuanto –debido a que las fuerzas del Estado no se mantienen en el campo– ya no existe protección alguna para los súbditos en su lealtad, entonces el Estado se disuelve y cada ciudadano tiene la libertad de protegerse con los medios que su discreción le sugerirá (p. 61), entonces, como establece una relación paradójica de coexistencia la multitud disuelta y el soberano, coexiste la guerra civil y el *Commonwealth* como una tensión constitutiva irresoluta que se tensiona finalmente entre dos polos opuestos: la paz y la libertad.

El ensayo que cierra este libro, lleva por título “Notas sobre la guerra, el juego y el enemigo”, y pareciera tener por objetivo desanclar la relación unívoca que la polemología, como disciplina, ha establecido entre el concepto de enemigo (enemigo público, es decir: *hostis*, *polemios*) y la noción de guerra para ofrecer una relativa lógica causal en el relato histórico. Así es posible entender, sin lugar a objeciones, la sentencia de Schmitt referida a la guerra y la hostilidad “la guerra es consecuencia de la hostilidad, puesto que esta es negación absoluta de su propio ser. La guerra es solo la realización extre-

ma de la hostilidad” (p. 92); lo político, por su parte, residiría para Carl Schmitt en la voluntad de negar por todos los medios toda concepción de la sociedad humana que se base en la exclusión de la guerra. Así es posible leer la cita que Agamben recoge de Schmitt “El día en el que siquiera la simple eventualidad de una distinción entre amigo y enemigo desaparezca, entonces habría una sola concepción del mundo, una cultura, una civilización, una economía, una moral, un derecho, un arte, un *divertimento*, etcétera, no contaminados por la política, pero ya no habría política ni estado”. El texto destaca el divertimento como fin último en el que la concepción schmittiana de lo político se basa en la seriedad de la vida humana, en la exclusión total del juego.

Una concepción contrapuesta a lo establecido por Schmitt es posible encontrar en Huizinga y antes por Burckhard. En el libro *Homo ludens* Johan Huizinga logra reconocer la centralidad del juego en la historia de la cultura, desde esa perspectiva, relaciona el juego y la guerra bajo la noción del *agón*, entendido como disputa o conflicto pero que se sitúa, más bien, en la esfera de la fiesta que a su vez es una esfera del juego. En ese sentido Agamben procura establecer una línea de estudios referidos a la oposición entre el *polemos* y el *agon* en los que la relación agonística se

reduce al simulacro de la guerra (justas medievales o juegos de guerra), sin embargo, esta línea se fractura con los estudios de Jean-Pierre Vernant quien observó que en la Grecia arcaica la guerra no es concebida como una institución extrema que sirve para resolver conflictos entre Estados, sino como una dimensión más entre otras de las formas de relación entre grupos humanos (p. 111). Es así como podemos comprender la ambigüedad de los términos *xenos* del griego y del latino *hostis* que significan al mismo tiempo extranjero o enemigo y huésped, o bien, el término *othneios* que puede significar extraño o extranjero y alianza familiar. Así visto, la institución reglada de guerra o una institución político-familiar, como el matrimonio, tienen la potencia de transformar a grupos rivales en aliados o incluso pareciese que el conflicto tuviese el propósito de construir alianzas, devenir progresivamente en la construcción de una hospitalidad desde una hostilidad. “Los griegos combaten entre ellos como si estuvieran destinados a reconciliarse”, escribe Platón en *La República* y Agamben lo cita entre paréntesis haciendo un juego de ironía que termina por ratificar su argumento.

El autor finaliza este ensayo marcando una inversión de la propuesta de Schmitt, pues afirma que el origen de la guerra radica en un aspecto

de la función agonal-lúdica, consustancial con la convivencia entre los hombres, en donde se construyen relaciones de integración y de *philia* entre grupos extraños. La guerra como nosotros la conocemos es, por el contrario, el dispositivo con el que la función agonal-lúdica es capturada por el Estado y dirigida a otros fines (p. 114).

La relación agonal pareciese transformarse finalmente en un modelo de oposición política que busca evidenciar la superioridad de fuerza del otro, mediante el reconocimiento del otro como adversario legítimo y no en una exclusión total del enemigo. Pareciese que el paradigma político que subtitula este libro se refiere no tan solo al terrorismo como hacíamos mención más arriba, sino también a la forma de la guerra que ha devenido en su contra: la ausencia total de la regla agonal debido a la configuración de un enemigo criminal e inhumano.

Vale el ejercicio de lectura de este texto, publicado hace ya cinco años y escrito hace casi veinte, a la luz del texto indicado más arriba, *La invención de una epidemia* publicado en febrero de este año, pues en él se leen dos tesis que están en directo diálogo con *Stasis*:

1. Parecería que habiendo agotado el terrorismo como causa de las medidas excepcionales, la invención

de una epidemia puede ofrecer el pretexto ideal para extenderlas más allá de todos los límites (Agamben, 2020).

2. La limitación de la libertad impuesta por los gobiernos es aceptada en nombre de un deseo de seguridad que ha sido inducido por los mismos gobiernos que ahora intervienen para satisfacerla (Agamben, 2020).

Es paradójico este planteamiento, primero, por la obsolescencia que el autor sentencia respecto del paradigma de gobierno que él mismo establece en torno al terrorismo, y luego, porque la situación mundial frente SARS-CoV2 pareciese confirmar lo que el mismo Agamben ha ido desarrollando en su proyecto *Homo Sacer* durante los últimos 25 años: en la medida que el estado de excepción –entendido como paradigma de gobierno que tiende a la normalización de la suspensión de los derechos políticos y civiles del pueblo, concentrando progresiva-

mente en la figura del soberano– se fortalece, menores han sido las herramientas y capacidades para enfrentar el avance de la pandemia. Mientras que los países de gobiernos más descentralizados y con mayor participación política han sido más eficaces en el control del virus.

Una clave de lectura posible, en torno a lo que Agamben llama “deseo de seguridad”, es la que él mismo hace en *Stasis* acerca del frontispicio que abre el *Leviatán* de Hobbes, la imagen del soberano constituido por el pueblo como *body politic* situado fuera de las murallas de la ciudad, mientras que la ciudad, el *locus* de lo político, queda vacía y resguardada por dos guardias y dos médicos que usan la máscara de la peste. Sobre esta imagen, Agamben lee: *salus populi suprema lex* “la salud del pueblo es la ley suprema”. Aunque indica inmediatamente, leyendo a Hobbes, que por “salud” debe entenderse no solo “la simple conservación de la vida como tal, sino la de una vida posiblemente feliz”.